

# EL PAIS

Alfredo Alzugarat

Suplemento El Cultural

Diario El País

FOTOGRAFIAR UN LUGAR soñado puede volverse una obsesión cuando la muerte está al acecho. A Julián Palacios, fotógrafo de renombre, con cuarenta años recién cumplidos, le han diagnosticado cáncer. A partir de ese momento los desastres se suceden: su esposa lo abandona, la quimioterapia sólo sirve para alargar su vida. Surge entonces el paisaje soñado: "un paraje vacío, con tolvas de metal y una vía de tren perdida en la llanura". Palacios se convencerá de que "la sustancia onírica" puede corresponderse con el mundo real y ser registrada para la eternidad cuando, por puro azar, descubra que el sitio es una estación ferroviaria abandonada, ubicable en un punto remoto de la Patagonia, cuyo nombre es Manchuria. Es el paisaje posible para un fotógrafo que debe su fama a estampas de cadáveres de guerras, naufragios y objetos inertes. Es también una

loca quimera que lo empuja a una búsqueda insaciable que cambiará su existencia.

Con una prosa de impecable factura, Butazzoni une a su relato diversas vías de especulación, abriendo múltiples expectativas, sugiriendo y reflexionando al mismo tiempo. La mítica Patagonia, con su enjambre de misterios, le brinda un marco propicio. No solo se instala al protagonista próximo a la muerte sino que además se lo aísla en un páramo de silencio y soledad donde lo único que reina es la incertidumbre. Julián Palacios sólo se tiene a sí mismo en un rincón del mundo donde ni los celulares funcionan y la geografía, como el tiempo, incitan al engaño o al milagro. En esas circunstancias lo insólito es lo único esperable, los deseos pueden volverse algo material y palpable.

Reiterando una técnica estrenada ya en su primera novela, “La noche abierta”, Butazzoni alterna la peripecia central con breves historias paralelas y análogas, recuerdos de momentos estelares del personaje que dimensionan el relato a la vez que establecen un diálogo con su pasado. En otras oportunidades se recurre a supuestas leyendas patagónicas para cimentar el clima que nace del cruce de lo real y lo onírico. En el transcurso de la historia se suceden temas como lo efímero universal o lo breve y lo eterno, el sentido de la existencia, lo visible y lo oculto, la lucha por la vida y la aceptación de la muerte, la necesidad de la fe y el amor. Inevitable resultan al lector las reminiscencias con más de un cuento de Jorge Luis Borges o con La vida es sueño, de Calderón de la Barca.

Es una escritura disfrutable, poética por momentos, quizá de lo mejor del autor de El tigre y la nieve. Su adaptación al cine, filmada en la Patagonia, Galicia y Caracas, estuvo a cargo del director uruguayo José Ramón Novoa.